

Ver á Miguel, atraerlo á una cita, proponerle una entrevista, suplicarle que abandonára la empresa de pretender á la criolla, era exponerse á crueles sospechas; y entregar su mano al hombre infame, autor de tan feroz intriga, era horrible; pero no encontraba otro recurso.

Resolvió, pues, esperar, y espiando atentamente los acontecimientos, abrigó la esperanza de dominarlos, porque las almas fuertes lo último que pierden es la esperanza.

---

## CAPÍTULO V.

Donde parece que va á romperse de nuevo la tela de la araña.

Vivía Miguel como un príncipe; más bien, como cualquiera héroe de cualquiera revolucion triunfante. Especie de aristocracia moderna, que ha venido á sustituir á la antigua. Ilustres aventureros que pasan de la noche á la mañana de hediondos descamisados á ricos propietarios, á opulentos capitalistas; que suben como las burbujas del agua cenagosa de un estanque, removido desde el fondo subterráneo de los tenebrosos conciliábulos á la superficie de la sociedad, ó lo que es lo mismo, de la conspiracion al gobierno, de la infamia á la gloria, del garito al palacio.

Los héroes que levantan sobre sus hombros desnudos las chusmas amotinadas, siem-

pre son lo mismo, porque los héroes no los hacen los hombres; Dios solamente los hace, reservándose el misterioso crisol en que los funde; y ya se ve, cuando no quiere hacerlos, la multitud, que no puede pasarse sin ellos, echa mano del primero que se le pone delante, no precisamente en el momento del peligro, sino en el momento del triunfo, y entónces llega á ser héroe cualquiera presidiario.

Realmente el feudalismo persiste, aunque ha variado mucho en la forma. Los antiguos caballeros buscaban por medio de atrevidas hazañas el camino de su engrandecimiento y de su fama, y conquistando tierras, ciudades é imperios, llegaban nada ménos que á ser señores de horca y cuchillo.

Los aventureros de nuestra dichosa edad buscan también su engrandecimiento y su fama por medio de sangrientas hazañas, que se urden en la oscuridad de traidoras conspiraciones, seduciendo á los más tontos y comprando á los más perversos, y llegan nada ménos que á ser señores de puñal y trabuco.

El tipo, el modelo, la *vera efigie* del caballero antiguo, del noble caballero, es el Cid, por ejemplo. Los tipos, los modelos, las *veras efigies* de nuestros personajes son..... bah, no quiero nombrarlos.

Vivia, pues, Miguel como un príncipe; tenía coches, caballos, criados con librea, suntuosa habitacion y muy buena mesa; por consiguiente, es ocioso añadir que tenía muchos amigos.

Cuando lo dejamos la última vez, su fortuna no pasaba de ocho á diez mil duros, pues los cuatro mil que le quedaron, despues de pagar su primera deuda, de los ocho mil que le entregó A. Gil y Agudo por la afortunada negociacion de las misteriosas cuartillas del famoso artículo de *El Oriente*, los habia aumentado jugando de nuevo con mejor suerte que la noche aquella en que lo vimos perder los cuatro mil duros.

A su vuelta de la Argelia el capital se encontraba bastante mermado, pues habia emprendido varias expediciones por realizar su sueño; esto es, por asistir á una cacería en regla y tener el orgullo de encontrarse fren-

te á frente de un leon formidable todo el tiempo necesario para ponerle entre los dos ojos la bala fulminante de su carabina. Y estas excursiones, aunque inútiles, le costaron mucho dinero, porque siempre lo inútil es caro; y si no tuvo la suerte de traerse á España la piel auténtica de un leon de melena negra, ó siquiera de melena roja, muerto por sus manos, por lo ménos se dejó allá dos terceras partes de su fortuna.

Ello es que se encontró en Madrid, duro arriba duro abajo, con la miseria de cincuenta mil reales; esto es, pan para hoy y hambre para mañana.

No obstante, se hospedó en el *hotel de París*, que, si acaso no es el mejor, no es por eso el más barato.

La misma noche del dia de su llegada quiso ver el mundo á que volvía, de un solo golpe de vista, y se fué al teatro Real, donde precisamente hemos vuelto á encontrarlo.

Al dia siguiente hizo várias visitas, en coche por supuesto, y á la tarde se presentó en el Prado á caballo, en un ligero é inteligente caballo árabe que se habia traído de

África, y que manejaba con destreza y con gracia; caballo y jinete que llamaron la atención entre tantos caballos y entre tantos jinetes..... Jinete y caballo de los que habló la criolla hasta reventar al Duque.

Como se ve, nuestro héroe volvía de África con mucho fausto y poco dinero, ó lo que es peor, con el último dinero de su pasada fortuna; por consiguiente, no dejaba de pensar con disgusto en el momento no lejano de que los cincuenta mil reales dieran el último suspiro.

Pensando en esto, pensaba que era preciso echar de nuevo aceite en la lámpara de su bolsillo, que espléndidamente abierto le amenazaba con apagarse, y no se sentía inclinado poco ni mucho á renunciar á las satisfacciones que le proporcionaba aquella vida tan agradable. Además, le habia cobrado á su ligero *Bel-Krer*—este era el nombre del caballo—un verdadero cariño, y le era imposible abandonarlo; más aún, le era imposible no tenerlo con toda la opulencia digna de la pura sangre árabe que corría por las hinchadas venas del noble bruto.

Un caballo de lujo pide lujo, y Miguel queria ser dignamente dueño de aquel vástago de tan noble raza. Coloquémonos en su posicion, y no nos será difícil participar de sus mismos deseos. El caballo es uno de los animales que más cariño inspiran al hombre y del modo que es posible que un hombre ame á un bruto, Lanuza amaba á su caballo; tenía orgullo en poseerlo, y si no somos excesivamente severos, acabaremos por disculpar su ambicion, más bien, su tierna codicia.

Mas, ¿dónde encontrar una mina de la que saliera el oro en monedas corrientes ó en billetes de banco? ¡Bah! César contaba con la loca fortuna..... ¿por qué Miguel no habia de contar tambien con la fortuna loca? En los sueños de felicidad que el hombre suele forjarse, ¿no cuenta siempre con alguna mujer?

Llamó, pues, á las puertas de la fortuna; pero ¿cómo?.....

El juego fué el primer aldabon que se le vino á la mano, y decidió dar un golpe.

El juego tiene un doble atractivo; es irresistible para el que gana, porque gana, y

es del mismo modo irresistible para el que pierde, porque pierde. La cuenta que el hombre se hace en uno y otro caso es opuesta, pero ambas lo conducen á volver á jugar. ¿He perdido?..... pues ganaré. ¿He ganado? pues seguiré ganando. La primera ganancia es tan funesta como la primera pérdida.

Miguel jugó y la fortuna le fué favorable, y siguió jugando por espacio de muchos dias con la misma suerte.

Al mes habia reunido sesenta mil duros, y con tan buena base buscó á su fortuna una region más elevada y más espaciosa, donde pudiera desenvolver más grandiosamente el dón de sus favores, y se lanzó á jugar á la bolsa con la misma frescura y con la misma audacia con que César pasó el Rubicon. Digo más: con la misma frescura, con la misma audacia y con la misma fortuna.

Medina era su agente, con tan buena mano, que del primer embite dobló el capital, encontrándose dueño de dos millones y medio de reales. Vamos, podia respirar, y respiró, si no como hombre satisfecho, á lo ménos como hombre contento. Estaba asegu-

rada la decorosa existencia del precioso *Bel-Krer* y no había realmente motivo fundado para apurarse.

Entonces pensó en sí mismo, y buscó una habitación correspondiente á su fortuna, y la alhajó con todos los encantos de la comodidad y del lujo, y empezó muy tranquilamente á ser millonario.

Tendido indolentemente sobre un magnífico divan, fumaba un soberbio habano cuando sintió que se abría la puerta de su gabinete, y guardó silencio, esperando ver quién era el que se atrevía de aquel modo á interrumpirle en la dulce ocupacion de no hacer nada.

No tardó mucho tiempo en salir de su duda, pues vió asomar el perfil de Guillen, en cuyo acto dejó escapar la bocanada de humo que tenía en la boca, diciendo :

—Hola, doctor..... Únicamente tú en tu calidad de médico, Medina en su calidad de agente, y Matusalem en su calidad de reptil, pueden penetrar hasta aquí sin ser ántes previamente anunciados. Entra, pues, y siéntate ó tiéndete ó baila; si quieres, fuma; si te

da la gana, charla; si bien te parece, date tres puntos en la boca; medita ó lee; me es de todo punto indiferente.

—Eso quiere decir, contestó Guillen tirándose sobre una butaca, que te aburres soberanamente.

—No tanto, señor facultativo; lo que quiere decir eso es que te dejo en libertad hasta de que te ahorques, si tu furor científico te ha metido en la cabeza la idea de hacerte á tí mismo la autopsia para estudiar el fenómeno de la extrangulacion.

—Si fuera posible, exclamó el doctor, no vacilaria ni un instante en sacrificarme por la ciencia; pero es imposible y tengo que resignarme á vivir hasta.....

—¿Hasta cuándo?..... preguntó Miguel.

—Probablemente hasta que me muera.

—Eso no es tan científico, pero me parece más juicioso.

—Le tienes manía á la ciencia, dijo Guillen, y no me explico esa repugnancia en tu natural talento, á no ser que tengas una inteligencia completamente imbécil. Hay casos —y casos frecuentes— por lo tanto no

tendría nada de particular que fueras tú uno de ellos.

—Mira, doctor; un sabio es un sér muy raro, muy digno de respeto y sumamente útil; no obstante, hay ocasiones en que un sabio es insufrible. Ahora bien, si eso sucede con los sabios, con los verdaderos sabios, calcula tú lo que serán los pedantes.

—Ya echastes por medio. Porque tienes metidas en la cabeza cuatro ideas poéticas, es decir, cuatro ideas empíricas, sin órden ni concierto, te crees, pobre criatura, que todo lo penetras y que todo lo adivinas.

—Infeliz, exclamó Miguel; ó más bien, dichoso mortal, que porque ha retenido en la memoria cuatro palabras técnicas y cuatro fórmulas científicas, se cree que todo lo averigua y que todo lo sabe.

—¡Bah!..... dijo el médico con desden soberano; las mujeres te han vuelto loco.

—Es posible, doctor, es posible, añadió Miguel suspirando; pero, en cambio, á tí los libros te han vuelto tonto.

Por el aire con que Guillen se enderezó sobre la butaca y alzó la mano derecha, dejó

traslucir que iba á dejar caer sobre su adversario una réplica invencible. Mas una voz, que partía de la habitacion inmediata y que sonó casi detras de la puerta, se interpuso, diciendo:

—Ea, ya estais disputando, y os vais á matar un dia á fuerza de deciros desatinos.

La voz que hablaba de ese modo era la de Medina, que entró al pronunciar las últimas palabras.

—Otro que tal..... exclamó Guillen levantándose y midiendo la estancia á grandes pasos. Ya tenemos aquí el estado sólido y el estado gaseoso; la petrificacion y la evaporacion; un hombre de aventuras y un hombre de negocios; un poeta que no sabe zurcir una copla y un bolsista que no saca los piés del plato. Vaya V. á entenderse con el lirismo del uno y con el positivismo del otro; la ciencia se retira majestuosamente delante de semejantes adversarios.

Los dos aliados se echaron á reir, y Guillen continuó paseándose.

Miguel miró á Medina, en cuyos ojos

creyó ver cierta expresion de misterio, y le preguntó :

—¿Qué hay?

—Algo, le contestó éste, haciéndole una seña que queria decir: ¡Si estuviéramos solos!

—Doctor, dijo entónces Miguel, voy á proporcionarle un buen rato á tu amor á la ciencia. Anoche quedó arreglada mi biblioteca, dale un vistazo, y te convencerás de que, aunque me rio de tí, respeto los libros.

—Eso es más razonable, y sin embargo, prefiero ojear tus libros á oír tus desatinos.

—Pues mira, entra por esta puerta, cruza mi dormitorio y mi cuarto de vestir, y te encontrarás delante de la biblioteca.

—Es todo un itinerario, dijo, y salió por donde Miguel le señalaba.

—Medina guiñó el ojo derecho y murmuró por lo bajo :

—Bien hecho, porque algunas veces conviene que los sabios no lo sepan todo.

Lanuzza se desperezó lentamente, diciendo :

—Vamos, desembucha.

—Medina, usando de la voz sorda con

que se hacen las graves confidencias, se explicó de esta manera :

—El rompimiento entre Prusia y Francia es inevitable y es inminente; la cuestion del Luxemburgo ha surgido de pronto, y se han cruzado entre los dos gabinetes notas secretas, decididamente belicosas. Antes de un mes retumbará en las orillas del Rhin el primer cañonazo, que será la señal de la guerra europea. Un despacho particular, redactado en lenguaje de antemano convenido, ha traído esta importantísima noticia á un capitalista de nariz muy larga, cuya confianza poseo..... Ahora mismo el Gobierno se ha reunido en consejo extraordinario, y sé de buena tinta que el embajador frances ha recibido de su gobierno dos despachos cifrados. En fin, el representante de Prusia parece sumamente preocupado..... Hay más: un ministro recomendaba anoche á sus amigos mucha prudencia, y preguntándole la razon de esta advertencia, dijo: «Pueden sobrevenir circunstancias graves.» Estas mismas palabras las acaba de repetir en el Congreso.

—¿Y bien?.....

—La cosa es clara. En cuanto el estado de las cosas se trasluzca empezará el pánico.

—Es natural que así suceda.

La bolsa de París bajará como el barómetro cuando el huracán se acerca, y la bolsa de Madrid seguirá irremisiblemente el mismo movimiento. Esto es elemental.

—Sin duda, añadió Miguel.

—A la agitación de los primeros rumores seguirá el efecto que ha de producir la certidumbre de los hechos. Tenemos, pues, en perspectiva segura é inmediata una tremenda depresión de los valores públicos. Será un tonto el que, teniendo en su mano este secreto, no lo aproveche.

—Vamos, dijo Miguel, ¿quieres que juegue á la baja?

—¡Quiero! exclamó el agente de Bolsa; di más bien que he querido.

—¿Pues?.....

—Quiero decir que he jugado ántes que la voz se esparza y se pronuncie la baja. Los golpes hay que darlos completos.

—¿Y has jugado mucho? preguntó Miguel tranquilamente.

—Mucho, contestó Medina; lo he jugado todo..... A fin de mes vas á encontrarte con tu capital quintuplicado..... Diez millonajos..... que van á caer por la chimenea.

—¿Y no es posible que ese conflicto..... que más tarde ó más temprano ha de ocurrir, se disipe por ahora y hagamos un mal negocio?

—Posible es, pero aún así, la bolsa no subirá tanto que nos arruinen las diferencias que haya que pagar. Después de todo, es nuestro Waterlloo: noventa y nueve probabilidades contra una.

—Perfectamente, dijo Miguel levantándose. No hablemos más de ello.

Como si hubiera estado detrás de la cortina oyendo discretamente la conversación para no interrumpirla, en cuanto pareció terminada entró Guillen exclamando:

—¡Gran biblioteca, gran biblioteca!

—Ya ves, doctor ilustre, cómo yo también tengo en mi casa un poco de ciencia.

—Será una lástima, añadió el doctor, que

tengas que deshacerte de ella mañana por cuatro cuartos.

—No pienso en semejante cosa.

—No hay para qué pensar en ello, añadió Medina.

—¿Quién sabe? replicó Guillen..... Mi opinion económica es que la base de la riqueza moderna consiste en el continuo y rápido movimiento del dinero; este movimiento lo obliga á cambiar de sitio; esto es, á mudar de manos; pues bien, por la misma razon que eres hoy millonario, puedes encontrarte mañana sin una peseta. No os riais, porque esto es concluyente.

—Y lo es, en efecto, exclamó Matusalem, apareciendo en la puerta..... pero.....

—¿Pero que?..... preguntó Guillen.

—Nada; que tienes razon..... que eres un sabio; que vives en un mundo que hace muy poco aprecio de tu sabiduría; pero..... aquí entra el pero que te ha alarmado. No me interrumpas y óyeme bien; pero..... ¿comprendes? la posteridad te hará completa justicia. Con los hombres grandes sucede lo que con las mujeres que abandonamos; cosa bien na-

tural; no las echamos de ménos hasta que las perdemos.

Miguel, que oía sonriéndose á Matusalem, al escuchar las últimas palabras contrajo la boca, dando salida á un profundo suspiro. Dios sabe qué especie de recuerdo se despertaría de improviso en el fondo de su alma.

—Por lo demas, siguió diciendo Matusalem, mira tú lo que son las cosas; aquí tienes un millonario que suspira; ¿por qué dirás?..... pásmese tu ciencia: suspira por una bohardilla.

—¡Ay Guillen! exclamó Medina, mirándolo compasivamente. Pierdes el pleito. Los disparates de Matusalem son más estupendos que los tuyos.

El médico se encogió desdeñosamente de hombros, y Matusalem dijo:

—Pues todavía no has oido lo mejor. Miguel suspira por una bohardilla, pero á condicion de conservar sus millones.

—¡Oh! exclamó Guillen con énfasis, los suspiros no son más que simples fenómenos de la respiracion, que no pasan del aparato